

dormido nos mandara,
y es el Moisés que á todos
nos finge la esperanza,
el Moisés que nos saque
de esta tierra encantada,
y nos lleve al desierto
donde Dios nos aguarda.
Y un día desde el monte,
en radiosa alborada,
muriéndose de viejo,
les muestre en lontananza
brillar á nuestros nietos
la tierra deseada,
les muestre bajo el cielo
nacer, por fin, la patria.
Aquí, al pié del sauce
veré correr las aguas,
mientras en ellas pescan
los pobres su mañana,
y esperaré que el cielo
la patria, al fin, nos abra.

INCIDENTES AFECTIVOS

A SUS OJOS

Mansos, suaves ojos míos
tersos ríos
rebosantes de quietud;
al beber vuestra mirada
sosegada
llega mi alma á plenitud.
Sois, mis ojos, viva fuente
sonriente
de que fluye vivo amor;
al tomar vuestra luz pura
es dulzura
cuanto amais en derredor.
Me mirais, ojos de mi alma,
con la calma
con que mira el cielo al mar,
con bendita paz serena
toda llena
de la dicha de esperar.
En vosotros se depura

toda horrura
que prenda en mi corazón,
en vosotros se serena
mi honda pena
y vuelvo á resignación.
Oh mis dulces dos luceros
manaderos
de la luz que á Dios pedí,
Dios por vosotros me mira
y respira
por vosotros Dios en mí.
Cuando mi alma va perdida,
sin salida,
del mundo en la confusión,
al miraros en los míos
me da bríos
vuestra dulce y casta unción.
Cuando llegue á mí la Muerte
¡trance fuerte!
y apague mi loco afán,
á la luz de esas pupilas
tan tranquilas
mis congojas dormirán.
Y al sonarme la partida
tan temida
el Angel de Libertad,
tomaré en vosotros puerto
siempre abierto,
al mar de la eternidad.
Brizará aquel recio día

mi agonía
de tu mirada el cantar
llevándome silencioso
al reposo
del sueño sin despertar.
Se hundirán mis pobres ojos,
luego flojos,
en los tuyos al morir,
y de allí alzarán su vuelo
hacia el cielo
en que á muerte va el sentir.
Y en los ojos del Eterno,
Padre tierno,
de vuelta al eterno hogar,
gota de lluvia en oceano
soberano
se habrá mi alma de anegar.
Oh mis ojos, sólo quiero
sólo espero
que al volar de esta prisión
me guieis hasta perderme
donde duerme
para siempre el corazón.
Y si á tí, mi compañera,
te cumpliera
de este mundo antes partir,
la luz toda de mis ojos,
luego rojos,
con los tuyos se ha de ir.
Llevarás á la otra vida

derretida
de mis entrañas la flor
y de Dios al seno amigo
va contigo
de tu amor preso mi amor.
Y en la noche de este mundo,
errabundo
veré tus ojos brillar
cual luceros de esperanza,
de que alcanza
libertad quien sabe amar.
Oh mis ojos, sólo quiero
sólo espero
que al volar de esta prisión
me lleveis hasta perderme
donde duerme,
para siempre el corazón.
Oh mis dulces dos luceros
mis veneros
de la paz que á Dios pedí,
Dios por vosotros me mire
y respire
por vosotros Dios en mí.

EN LA MUERTE DE UN HIJO

Abrázame, mi bien, se nos ha muerto
el fruto del amor;
abrázame, el deseo está á cubierto
en surco de dolor.

Sobre la huesa de ese bien perdido
que se fué á todo ir
la cuna rodará del bien nacido
del que está por venir.

Trueca en cantar los ayes de tu llanto,
la muerte dormirá;
rima en endecha tu tenaz quebranto,
la vida tornará.

Lava el sudario y dale sahumero,
pañal de sacrificio,
pasará de un misterio á otro misterio,
llenando santo oficio.

Que no sean lamentos del pasado
del porvenir conjuro,
brizen, más bien, su sueño sosegado
hosanas al futuro.

Cuando al ponerse el sol te enlute el cielo
con sangriento arrebol,
piensa, mi bien: «á esta hora de mi duelo
para alguien sale el sol».

Y cuando vierta sobre tí su río
de luz y de calor
piensa que habrá dejado oscuro y frío
algún rincón de amor.

Es la rueda: día, noche; estío, invierno;
la rueda: vida, muerte...
sin cesar así rueda, en curso eterno,
tragedia de la suerte!

Esperando al final de la partida
damos pasto al anhelo,
con cantos á la muerte henchir la vida,
tal es nuestro consuelo.

LA HUELLA DE SANGRE

DE FUEGO

Seguidme! Qué? no véis la ruta acaso?
no oís mi voz? tembláis ante el desierto?
las estrellas no véis? Va vuestro paso
sin rumbo cierto!

«Dónde está—respondéis—dónde el camino?
No bien pasas se borran de él tus huellas,
y no hemos de esperar nuestro destino
de las estrellas!

Siembra algo en él, pues vas tú muy de prisa
clava de trecho en trecho piedra de hito
buseárnoslo equivale á la requisa
del infinito.»

Pero es que aquí nada tengo ahora á mano,
nada con qué marcaros vuestro rumbo;
habréis de caminar al azar vano,
de tumbo en tumbo.

Pero, sí, esperad, traigo un cuchillo,
sangre en el corazón, fuerza en el brazo,
señalaros sendero me es sencillo,
con firme trazo.

Lo véis? Con él me rasgo las entrañas,
las derramo fundidas por el suelo,
conmigo irá la huella, á las montañas,
subirá al cielo!

De mi sangre podéis seguir el hilo,
por donde voy sangrando es la vereda,
y allí donde yo muera, es vuestro asilo,
allí la queda.

Voy sembrándome yo todo y entero
por llano, monte, piedras, polvo y lodo,
yo, yo mismo, yo soy vuestro sendero,
tomadme todo!

De la divina estrella que es mi norte
la luz toda en mi sangre aquí os dejo,
no la véis cómo brota? no os importe!
yo soy su espejo!

Nunca, alma desdeñosa, tú, cobarde,
buscaste adormecerte en el sosiego;
deje tu corazón que en sangre arde
rastros de fuego!

Agua sacó Moisés de seca roca,
yo quiero con mi sangre marcar tierra,
fuego quiero que caiga de mi boca
sobre la tierra.

Sangre de fuego que la roca escalda...
la montaña os estorba? mi trabajo
de dolor me costó, mas ved su falda
quebrada en tajo.

Esa estrella que allá, desde la cumbre,
frío, apagado os manda su destello
metióme al corazón toda su lumbre,
sangra por ello!

«Una de tantas;—me decís—se anega
su luz del cielo en el inmenso coro»,
No sabéis ver; la inmensidad os ciega
con polvo de oro.

Vosotros no tenéis estrella propia;
la polar, á su vez, se os oscurece;
tenéis que caminar sobre la copia
que en mí florece.

Quien su estrella no ve si se hace día,
ni de su dulce luz siente la brasa
dentro el pecho, no puede ese ser guía,
quédese en casa.

Os dejo de mi sangre en el reguero
la luz, cernida en mí, de esa mi estrella,
ved cómo á quien debéis vuestro sendero
no es si no á ella.

PARA EL HOGAR

Llegué empapado en agua de tormenta;
el mar bramando por sus miles de olas
buscaba presa y allá arriba el cielo
fruncía osco su frente
de soberano.

Me hizo sentar junto á la llama viva
de una hoguera, atizola cuidadoso
y en silencio, arrimó luego á la llama
el casco renegrido
de una olla rota.

El pábulo del fuego no era leña
de bosque, no sangraba como suele
sangrar la leña lágrimas de jugo
cuando la escarba el fuego
por las entrañas.

Eran tablas, maderas que sirvieron

á los hombres; en ellas al quemarse
señales se veían de algún clavo
y el clavo mismo á veces
que se encendía.

Y allí cerca, en oscuro camarote
guardaba el solitario de la costa
viejas tablas, maderos carcomidos
por los revueltos mares,
con deajo humano.

Cojió un tablón con restos de pintura
y echolo al fuego, que subió de pronto
al sentir del aceite que aún vivía
deshacerse en su seno
la dulce lágrima.

Y á la luz de la hoguera embravecida
pude leer que la tabla agonizante
que su calor nos daba, en blancas letras
decía en fondo negro:
«Firme Esperanza.»

Interrogué á mi huésped con los ojos,
me comprendió y rompiendo su mutismo
«Son los restos—me dijo—de naufragios
que el mar en sus tormentas
echa á la playa.»

Y al fuego me acerqué mientras el madero

me daba su calor, y pensativo
ví sobre él, extenuado y moribundo,
crispándose las manos
al pobre náufrago.

Sobre él luchó, penó y oró aterido,
sobre él, muerto de sed, bebió el océano
con la mirada, viendo remolona
acercarse la muerte,
sobre él murióse.

Un trozo de timón ardió enseguida,
y el leño que guió á la pobre barca
por los revueltos mares, en pavesas
fué pronto á calentarme
del fuego pasto.

Y ví cómo las olas al navío
tragaban, de las llamas contemplando
el ardoroso abrazo en que moría
del timón confidente
lo que duraba.

Así, pensé, se queman los recuerdos
á calentarnos en las noches tristes,
cuando empapado el corazón en agua
de tempestad del mundo,
tiembla de frío.

Así, con pobres restos de naufragios

encendemos hogueras en las costas
y á sus llamas soñamos melancólicos
del mundo la tragedia
que no se acaba.

Y el mar no cesa, su cantar prosigue,
devora nuestras vidas y á la orilla
lanzando destrozados sus despojos
nos dice consolándonos:
«¡encendeos con ellos el hogar!»

VERÉ POR TÍ

«Me desconozco» dices, más mira, ten por
[cierto
que á conocerse empieza el hombre cuando
[clama

«me desconozco» y llora;
entonces á sus ojos el corazón abierto
descubre de su vida la verdadera trama;
entonces es su aurora.

No, nadie se conoce, hasta que no le toca
la luz de un alma hermana que de lo eterno
[llega

y el fondo le ilumina;
tus íntimos sentires florecen en mi boca,
tu vista está en mis ojos, mira por mí, mi ciega,
mira por mí y camina.

«Estoy ciega» me dices; apóyate en mi brazo

y alumbra con tus ojos nuestra escabrosa
[senda
perdida en lo futuro;
veré por tí, confía; tu vista es este lazo
que á mí té ató, mis ojos son para tí la prenda
de un caminar seguro.

¿Qué importa que los tuyos no vean el
[camino
si dan luz á los míos y me lo alumbran todo
con su tranquila lumbre?
Apóyate en mis hombros, confíate al Destino,
veré por tí, mi ciega, te apartaré del lodo,
te llevaré á la cumbre.

Y allí, en la luz envuelta, se te abrirán los
[ojos
verás como esta senda tras de nosotros, lejos,
se pierde en lontananza
y en ella de esta vida los míseros despojos
y abrísenos radiante del cielo á los reflejos
lo que es hoy esperanza.

TU MANO ES MI DESTINO

Me faltan fuerzas para andar, apoya
tu mano en mi hombro y así, á su contacto
me volverán las fuerzas;
te llevaré por los caminos largos
y marcharé seguro
poniéndome á tu paso.
Tu mano es mi destino;
la siento sobre mi hombro y de abrumado
se torna más lijero
que si alas le nacieran por encanto.
Cuando en mi hombro rendido
posas con dulce paz tu blanda mano
parece que me elevas
por encima del hado,
el implacable.
Siento tu pulso en mí cuando tu mano,
sobre mi hombro descansa
siento tu corazón y de rechazo
siento mi corazón, el tuyo, el mío,

de los dos, nuestro esclavo!
Tu mano es mi destino;
al sentir su apretón, es como un rayo,
la vida me renace,
yo te renazco.

Fuerzas me das, y luz, luz en las fuerzas
cuando en mi hombro te apoyas y el espacio
se me abre, sin caminos,
por todos lados.

La luz la llevo dentro
dentro va el faro
que se enciende al sentir sobre mis hombros
de tu vida el contacto.

Tu mano es mi destino;
cuando la siento en mí, rebosa el vaso
del corazón, su sangre
se me enciende, derrítame el cansancio
y á su luz el sendero
se me abre á todos lados.
Tu mano es mi destino.

PUNTUAL COMO EL LUCERO

Dice el galán, enfermo de muerte, á su
dama:

Ya estás ahí, puntual como una estrella
que á su hora sale,
marcha á su paso
y se pone cumpliendo su carrera;
ya estás ahí puntual como celeste
luminaria divina,
infundiendo confianza.
Siempre es puntual lo eterno!
Si la luna, si el sol tardase un día,
si no saliese
cuando el mundo lo espera
¡qué terror de locura
al mundo inundaría!
Y qué vendrá después? sería el grito
del mortal espantado,

al ver rota la ley de la constancia.
Se rompió el orden! rompióse la cadena
que ata las horas!
el Sol falta á la cita!
el mundo va á morir entre portentos
de confusión y ruina!
Ya estás ahí, puntual como el lucero
de la mañana!
Ya estás ahí, vertiendo de los ojos
fe en lo imposible,
fe en la constancia!
Siglos ha que la estrella vespertina
surge á su hora,
y á su hora se pone;
qué busca? qué pretende?
de tal puntualidad cual el objeto?
Yo no lo sé, pero esa su constancia
es fuente de consuelo para el hombre
que ve entre los que cambian
algo constante,
prenda de eternidad y de fijeza.
Antes que el hombre fuese
ya salía el lucero
puntual para la tierra
que vacía y desnuda le esperaba,
y cuando el hombre acabe
saldrá la estrella fiel por el oriente
triste y constante.
Ya estás ahí, puntual como el lucero
de la mañana!

Quien sabe si algún día
verás mi ocaso,
puntual como el lucero
de la mañana?

LIBERTAD FINAL

Dulce, sereno, reposado y triste
fué aquel día de amor en que muriera
la engañosa esperanza de la dicha:
basta al amor con el amor. La prenda
de que es un don divino es la desgracia
que le acompaña siempre por la tierra.
Las horas graves que su ardor mis ojos
en la frescura apagan de la lenta
mirada de tus ojos de sosiego
son olas de delicia volandera
que al soplo del amor se van rodando
sobre el dormido mar de la tristeza.
Cuanto llega á su colmo es bien perdido
y es la vida verdura de promesa;
por haber, fieles, renunciado al fruto
nos es la flor, toda fragancia, eterna.
El resplandor sobre tu frente brilla
del misterio sin fin, de la sentencia
que al romper de los siglos el Eterno

sobre lo íntimo todo suspendiera.
Intangible el perfume se derrama
y el aire todo con su hechizo llena,
en tanto que la carne de la fruta
en tomo y bulto al gusto se condensa.
A todos por igual se da el aroma
y todos, sin porfía, de su esencia
pueden tomar en comunión de goce,
mas no cabe gozar de igual manera
de la fruta el sabor; si uno la gusta
fatal es que la envidia al otro muerda.
Come pan de centeno negro y duro
tendido al aire libre en la floresta
y el pan te sabrá á flores; el espíritu
á su imagen se forja la materia.
Que la doctrina es triste? No lo dudo,
pero dime, mi luz, qué es lo que queda?
No dura más la carne que el perfume,
sólo goza del bien quien bien lo espera.
Y quién sabe? Soñemos que no es sueño
la libertad final, cuando la tierra
como nube de incienso, á las entrañas
de su Fuente de Amor suba deshecha.

AL PIÉ DEL ROBLE

Al pié del roble aquel de la colina,
al pié del roble fué;
cuando le roza el viento del recuerdo
tiemblan las hojas de él.

Fué al pié del roble, qué, ya lo olvidaste?
del viejo roble al pié,
de aquel que nos cubriera con su sombra
y que nos fué tan fiel.

Y al pasar junto al roble en primavera
¡oh mi perdido bien!
las verdes hojas á tu alma dura
no le tiemblan también?

Es acaso más dura ante el recuerdo
que la del roble aquél?
Al pié del roble aquel de la colina,
recuérdalo, allí fué!

INCIDENTES DOMÉSTICOS